

Lágrimas de vid

... Y fue así que un día llegó aquél viento a estas tierras. Nada más predictivo. Nada más a premiativo. En él venían los mensajes de cambio... pero nadie se dignó a hacerle oídos. Ese viento se había levantado, allá del otro lado del mar nuestro. Caballos y ejércitos lo habían empujado con tal velocidad hacia tierras ibéricas. Y así llegaban ellos tras él. Con su otra fe, con aires de conquista. Mozárabes nacieron de aquello. Entre ellos estaba ella. La más bella de la tierra de Rakka`na. Y él, que había iniciado aquella conquista, se enamoró de ella. Pero no está escrito aún que el viento y una doncella pudieran enamorarse. Y fue así que aquel viento se quedó en estas tierras, viendo como ella era requerida por hombres de la fe verdadera y de la no tan cierta. Y sufriendo se fue consumiendo. Aunque un viento está destinado a seguir rumbo por el redondo planeta, éste se quedó en la futura Requena, deseando poder al menos beber de los labios de aquella hermosa doncella. Y los años pasaron y se despertó la idea de reconquista, una idea que se haría cierta. Pero antes, a aquella mujer bella y eterna, le llegaban sin saberlo, los días finales. Y sin perder ni un solo destello de aquella personalidad tan astringente y ácida ante los que pretendían sin amor besar sus labios, pero cada vez más propensa a brindar sus cualidades abiertas a esas sensaciones de cariño que la acompañaban en cada dormir, dijo al viento: “ya soy vuestra, ¿porque no me tomáis en vuestros brazos?”. Aquél llamado “caballero musulmán de los cielos”, aquél viento que el pueblo reconocía ya como el iniciador de la conquista. Aquél que cada noche acariciaba sus cabellos. Aquél que a toda costa deseaba aquellos labios tánicos, aquél viento enamorado de un amor imposible, quiso tomarla en sus brazos, quiso llorar por ella... pero no pudo.

Sólo transcurrieron ocho meses, en los cuáles ella se quedó en aquella cama de roble, simplemente sintiendo como él le acariciaba el pelo noche tras noche. Y cuando no soportó más el destino tan cruel de ese amor, de sus ojos cayeron las lágrimas que él jamás le podría dar. Y en ello el viento tomó en su regazo aquellas semillas de desconsuelo y llevándolas fuera, las depositó en el suelo. Le pidió a su amiga tierra que las cuidara, algún día él volvería a por ellas. Y mientras él regresaba al lado de su amor, ella abandonaba el mundo de los vivos susurrándole al “viento”: “No probaréis mis labios sin antes probar mi vino”. Él no entendió. Pero que importaba ya aquello, si la mujer por la que él había dejado de ser quien era, lo abandonaba dejándole sensaciones que no debería haber nunca sentido. Y desde aquél día, el viento que tanto había revoloteado por allí, dejó de hacerlo sin previo aviso. Quizás había aceptado su verdadero destino...

...y pasaron los soles y las lunas. Y desde el lejano mundo, desde el otro lado del mar nuestro, llegó un hombre a las costas de Valencia. Y se dirigió sin detenerse un segundo a las tierras donde lo había abandonado ella. Era él, que volvía hecho persona. Y en su mente sonaban las palabras de aquél amor imposible. Y en sus pasos se encontró con un viñedo. Le preguntó a la tierra y ésta le reconoció al instante: “Que ha sucedido amigo mío, que no habéis cuidado de las lágrimas que aquí hace mucho tiempo deposité?”- “Yo he cumplido mi palabra caballero musulmán del cielo, de ellas nació esta planta y a pesar de que ya es vieja y lleva aquí mucho tiempo, no ha dado frutos aún. Quizás esperaba este especial momento”. Y así fue que la vid, al reconocerlo, dio fruto por vez primera. Y en cada grano de aquellos racimos se encontró impresa la personalidad de “ella”. El hollejo llevaba con orgullo aquellos labios rojos, aquellos que tantos habían anhelado. Y resonó en “él” las palabras que ella pronunció antes de partir: “No probaréis mis labios sin antes probar mi vino”. Y a fin se puso él a vendimiarla con amor y cariño. Y al final de la faena llenó una copa con “su” néctar eterno. Removió el rojo caldo, y pudo sentir lentamente el sutil aroma que sus pelos y su piel habían inundado otrora su esencia de viento. Y así con corazón contento y amor desbordado por el recuerdo, puso sus labios sobre la copa, y cerrando los ojos inclinó el cuello... y en ello se dio al fin aquél tan ansiado y esperado beso...